

TENDENCIAS

# Leer el mundo sin anteojeras

Stanley Hoffmann \*

Clarín, Lunes 4 de febrero, 2002

*Pasado el furor por ciertos modelos de análisis, tampoco se puede aceptar acríticamente el que define las relaciones internacionales como campo de batalla, o el que apuesta todo al éxito de la globalización.*

\* PROFESOR DE CIVILIZACION FRANCESA EN LA  
UNIVERSIDAD DE HARVARD

Todo el mundo percibió los acontecimientos del 11 de setiembre como una ruptura, como el advenimiento de una nueva era. Pero todavía debemos comprender por qué. ¿Dónde estamos, casi cinco meses después del trueno del 11 de setiembre? ¿Cuáles son las principales cuestiones que deberán, si no resolver, al menos abordar francamente los especialistas y sobre todo los dirigentes?

**En la década de 1990, dos modelos hicieron no poco ruido.** El de Francis Fukuyama —la idea del "fin de la historia"—, que en realidad anunciaba el fin de los conflictos ideológicos y el triunfo del liberalismo político y económico, y el de su mentor universitario, Samuel P. Huntington, que predijo que la violencia explícita o implícita que resulta de la anarquía del sistema internacional y la perpetúa, en el futuro, se desarrollaría entre "civilizaciones".

Pero tomemos dos modelos menos sensacionalistas. Existe lo que podríamos llamar la **ortodoxia realista o neorrealista: las relaciones internacionales son el ámbito del enfrentamiento de los Estados**, donde el poder militar y económico de los Estados determina su destino y donde los objetivos de los actores son impuestos por las amenazas a su supervivencia o a su seguridad y por la geografía.

En consecuencia, es esencial que estos actores sepan distinguir entre lo importante —los peligros que plantean sus principales rivales— y lo secundario o lo trivial (donde, casualmente, encontramos todo o casi todo lo que es "puramente idealista", humanitario o internacional). Reconocemos aquí el

mundo descrito por Henry Kissinger y Kenneth Waltz.

Por último, está **el modelo más reciente de la globalización triunfante**, que devalúa y sumerge las fronteras gracias a los nuevos medios de comunicación e información. En este universo, los Estados cerrados sólo pueden elegir entre la decadencia y la aceptación de un papel reducido. El profeta y cantor de esta epopeya sin héroes es el periodista del **New York Times** Thomas Friedman, que ve a la globalización como "la luz del alba" que hará comprender a los belicosos públicos y privados que la lógica de la globalización es a la vez la de la paz y la democracia.

Es bueno desconfiar de los determinismos de todo orden y de la idea de que todas las cosas buenas llegan a la vez. Por lo tanto, **partamos no de los modelos sino de las realidades**, y comencemos por aquello que hay de tradicional en las relaciones internacionales: por el sistema anárquico descrito por los realistas, el mundo de los Estados, las alianzas, las guerras y las carreras armamentísticas, las rivalidades de poder y de prestigio.

## Tablero conflictivo

Me vienen a la mente cuatro observaciones. En primer lugar, las rivalidades entre las grandes potencias y la facultad de las más pequeñas para explotarlas y exacerbarlas por cierto no han desaparecido pero, hasta ahora al menos, la existencia de las armas nucleares ha incitado a los Estados que las poseen a una cierta prudencia.

En segundo lugar, el ámbito de las divergencias y

enfrentamientos entre Estados se ha extendido a los numerosos casos de conflictos internos a los Estados, con el efecto a la vez paradójico y comprensible de incitar a los Estados extraños a esos dramas a intervenir para impedirles convertirse en catástrofe regional, en caso de que se los ignore (Ruanda, Congo), y a intentar reconstruir, con el apoyo de la ONU o de organizaciones regionales, Estados estables para impedir una fragmentación infinita.

Tercero, los factores determinantes de las políticas de los Estados no son sólo los geopolíticos de que siempre hablan los realistas, sino también factores internos como las pasiones xenófobas de orden secular o religioso, reclamos económicos, solidaridades étnicas transnacionales, etc., lo que hace que la toma de decisiones sea más compleja y menos previsible.

Por último, la importancia de los dirigentes, de su filosofía, de su personalidad, a menudo es subestimada en la disciplina de las relaciones internacionales. Para los neorrealistas de la última generación, la distribución "estructural" del poder es el factor dominante, al punto que tienen a los dirigentes por intercambiables y adhieren a una definición estrechamente securitaria del interés nacional. Ella los lleva a desconfiar de las intervenciones en los conflictos, entre Estados y sobre todo internos, que se desarrollan en las zonas que estos autores consideran secundarias.

**Para los realistas y neorrealistas, el terrorismo transnacional plantea un dilema temible.** En la medida que un Estado víctima de terroristas "privados" busca eliminarlos privándolos de refugios y lugares de entrenamiento y castigando a los Estados-santuarios, ¿hay que interpretar el interés nacional en la seguridad y la super-vivencia como algo que **exige intervenciones armadas masivas contra Estados por lo demás "secundarios"** (como Afganistán) o más bien como algo que **impone prudencia y formas discretas menores de presión** para impedir la dispersión de las fuerzas del Estado víctima y la prolongación indefinida e imprudente de la guerra y la inestabilidad, así como un cuestionamiento universal de la soberanía, arca sagrada de las teorías realistas?

### Las tres caras de la globalización

Pasemos ahora a aquello que Benjamín Barber ha bautizado como McWorld (en honor a McDonald's). El universo de la globalización apenas se parece al

que celebra Friedman. Es necesario distinguir **tres formas de mundialización, cada una con sus propios problemas.**

Hay una globalización **económica**, que es resultado de las revoluciones tecnológicas e informáticas, de las inversiones en el extranjero, de la acción de las multinacionales. En ella, los principales actores son las multinacionales, los inversores, los bancos y los servicios privados, además de los Estados y las organizaciones internacionales públicas y privadas al servicio de la globalización económica. Esta plantea a los Estados un dilema capital: ¿primero eficacia o primero equidad? **La globalización económica es un formidable factor de desigualdad entre Estados y en el seno del Estado.**

Está también la globalización **cultural**, producida por la revolución tecnológica y por la globalización económica, que facilita los flujos de productos culturales. **La cuestión clave es la de la uniformización (o americanización), y la de la reacción a ella bajo la forma de un renacimiento de culturas y lenguas locales**, pero también de ataques contra la cultura occidental, considerada como arrogante y portadora de una ideología y valores seculares y revolucionarios, utilizados por Estados Unidos para su hegemonía.

Por último, está la globalización **política**, fruto de las otras dos. Adopta dos formas: la del predominio estadounidense y la de instituciones políticas, redes transgubernamentales e instituciones privadas. Los principales problemas son aquí la necesidad de democratización de muchos de estos organismos y la debilidad de su autoridad, por una parte, y la incertidumbre que pesa sobre la hegemonía estadounidense debido a la resistencia que suscita en otros lugares y la oscilación estadounidense entre la dominación y la retirada.

Los beneficios de la globalización son difíciles de negar. Pero, por múltiples razones, el optimismo de muchos analistas se apoya en bases bastante frágiles:

· **La mundialización no tiene nada de inevitable ni de irresistible.** Una crisis económica profunda y prolongada que afectara a los Estados Unidos podría tener sobre la globalización efectos tan devastadores como la depresión de 1929.

· **La mundialización sigue siendo limitada**, porque

los Estados todavía establecen reglamentaciones muy diferentes en innumerables campos.

· En el momento actual, no hay más que un **esbozo de sociedad civil transnacional**: muchas ONG sólo representan una porción muy débil de las actividades y las poblaciones de los Estados miembros.

· La emancipación individual no basta para democratizar los regímenes de los Estados (véase el caso de China) como tampoco impide que los principales organismos públicos como el FMI, el Banco Mundial o la OMC sigan siendo poco transparentes en su funcionamiento y a veces tomen medidas arbitrarias y inequitativas.

· La idea, atractiva, del mejoramiento de la condición humana a través de la abolición de las barreras es dudosa por dos razones: una es que la globalización como utopía activa, hija del iluminismo, es una visión que crea sublevados e insatisfechos por toda clase de razones: miseria, injusticia, humillación, aspiración a algo más y mejor que un nivel de vida superior. Segunda razón: por una parte, la cooperación internacional es necesaria para impedir que las desigualdades engendradas por la dinámica de los mercados y el debilitamiento del papel protector de los Estados destruyan la construcción globalizadora. Por otra, la toma de las medidas necesarias supone de parte de muchos Estados y actores privados ricos y activos, ya sea una concepción altruista, que casi no forma parte de la esencia de las relaciones internacionales o una concepción notablemente generosa del interés de largo plazo bien entendido. Comparemos hoy el contraste entre la reticencia de los Estados para intervenir en Bosnia o en Ruanda con el entusiasmo de los dirigentes y el pueblo norteamericanos por la lucha contra Al-Qaeda y los talibán. No es este entusiasmo patriótico lo que les reprocho sino la debilidad del impulso humanitario cuando el interés nacional en actuar para salvar a las víctimas no es tan evidente.

El terrorismo mundial no es la simple extensión de la guerra entre Estados a actores no estatales. **Es la subversión de éstos**, en la medida en que incita a sus víctimas a tomar medidas que, en nombre de la legítima defensa, violentan alegremente la soberanía de los Estados acusados de alentar el terrorismo.

**No fue la infame lista de violaciones de los**

**derechos del hombre y la mujer cometidas por los talibán lo que llevó a Estados Unidos a Afganistán**, fue el apoyo de los talibán a Bin Laden.

El terrorismo es un fenómeno global que tiene por efecto fortalecer al enemigo —el Estado— al mismo tiempo que busca derribarlo. Los Estados que son sus blancos o víctimas no tienen ningún interés en tratar a los terroristas como comba-tientes ilegales sometidos al derecho de guerra, tienen todo el interés en tratarlos como parias que están fuera de la ley al igual que los piratas o los culpables de genocidio.

Los defensores de la globalización habían entrevisto a veces los aspectos de cuasi-jungla de la globalización económica (es decir, del mercado mundial), pero muy pocas veces **los aspectos de jungla a secas de la violencia terrorista y antiterrorista mundial**.

Lo peor no siempre es seguro. Es muy posible que la tendencia de Estados como los Estados Unidos, amenazados por el terrorismo a intervenir universalmente para reprimirlo, sea contenida por un imperativo de prudencia y por la necesidad de los gobiernos de dar prioridad a los múltiples problemas interiores que son suscitados o alimentados por las rivalidades inter-estatales y las deficiencias de la globalización.

Pero nos arriesgamos a pasar de Caribdis a Escila, **de la intervención universal a una especie de resignación al caos universal**, bajo la forma de atentados múltiples por parte de los Bin Laden futuros, de desastres humanitarios que se dejarían empeorar y de guerras regionales abandonadas a su suerte con todos los riesgos de escalada de que serían vehículo.

Como parte de la cohorte reducida de politólogos que desconfían de las predicciones, sobre todo cuando el número de variables y de sus interacciones es enorme, concluiré dejándolos en la incertidumbre.

Es porque **el futuro no es ni descifrable ni determinado**, y porque el presente es tan poco tranquilizador que el especialista en relaciones internacionales tiene dos misiones y no una sola. Debe intentar comprender lo que pasa... Pero también debe presentar sus opiniones sobre **lo que convendría que hicieran los que toman las decisiones**, las elites, los simples ciudadanos, para que las dos sociedades de las que aquí se ha tratado

marchen **hacia la luz y no hacia el abismo.**

En consecuencia, el miedo a lo normativo no le debe impedir escribir como filósofo político, en un momento en que muchos filósofos extienden su concepción de la sociedad a las relaciones internacionales.

**¿Cómo mejorar el mundo?** Responder esta pregunta supone, primero, una filosofía política a la vez justa y aceptable incluso para aquellos cuyos valores y concepción de lo justo difieren de los valores y los fundamentos de esta filosofía.

Las mías propias son ideas liberales cercanas a las de John Rawls y Judith Shklar. Tienen como elemento de base (contrariamente a Rawls) no al Estado ni al grupo, sino al individuo —a la vez como ser capaz de razón y como actor social—. A partir de allí,

tomando como Shklar por punto de partida e hilo conductor la suerte de los desheredados y los maltratados y como objetivos la emancipación material y moral y el progreso de la libertad de los seres humanos, y teniendo en cuenta al mismo tiempo las formidables presiones del mundo en cuanto tal, es posible desplegarlas en cada uno de los campos que son objeto de las relaciones internacionales.

Traducción de Elisa Carnelli.

Nota de la Cátedra:

*Se ha respetado el enfatizado en negrita del original*

\*\*\*